

The background of the cover is a textured, aged parchment or paper with a mottled yellow and brown color palette. In the lower-left and center, there is a dark, shadowed area containing several objects: a wooden staff or handle, a dark, cylindrical object, and a large, ornate, curved blade or scabbard with intricate patterns. The overall style is reminiscent of a historical or fantasy manuscript.

Robert E. Howard

La Ciudadela
Escarlata

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CIUDADELA ESCARLATA

ROBERT E HOWARD

PUBLICADO: 1933
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO I

Atraparon al León en la llanura de Shamu;
Le pusieron una cadena de hierro a sus miembros;
Gritaron en voz alta en el toque de trompeta,
Gritaron: "¡El león está enjaulado al fin!"
Ay de las ciudades del río y de la llanura
¡Si alguna vez el León acecha de nuevo!
-Vieja balada.

El rugido de la batalla se había apagado; el grito de victoria se mezclaba con los gritos de los moribundos. Como hojas de alegre colorido después de una tormenta de otoño, los caídos cubrían la llanura; el sol que se hundía brillaba sobre los cascos bruñidos, la cota de malla dorada, las corazas de plata, las espadas rotas y los pesados pliegues reales de los estandartes de seda, derribados en charcos de carmesí cuajado. Los caballos de guerra y sus jinetes vestidos de acero yacían en montones silenciosos, con sus crines onduladas y sus penachos ondulantes manchados por igual en la marea roja. Alrededor de ellos y entre ellos, como en la deriva de una tormenta, se esparcían cuerpos acuchillados y pisoteados con gorras de acero y cotas de cuero: arqueros y piqueros.

Los olifantes hicieron sonar una fanfarria de triunfo por toda la llanura, y los cascos de los vencedores crujieron en los pechos de los vencidos mientras todas las filas rezagadas y brillantes convergían hacia el interior, como los radios de una rueda reluciente, hasta el lugar donde el último superviviente seguía librando una lucha desigual.

Aquel día, Conan, rey de Aquilonia, había visto cómo la flor y nata de su caballería era cortada en pedazos, destrozada y martillada en pedazos, y barrida hacia la eternidad. Con cinco mil caballeros había cruzado la frontera sureste de Aquilonia y había cabalgado hacia las praderas de Ofir, para encontrar a su antiguo aliado, el rey Amalrus de Ofir, enfrentado a él con las huestes de Estrabón, rey de Koth. Demasiado tarde había visto la trampa. Todo lo que un hombre podía hacer lo había hecho con sus cinco mil hombres de caballería contra los treinta mil caballeros, arqueros y lanceros de los conspiradores.

Sin arqueros ni infantería, había lanzado a sus jinetes acorazados contra la hueste que se acercaba, había visto a los caballeros de sus enemigos con sus brillantes cotas de malla caer ante sus lanzas, había hecho pedazos el centro contrario, conduciendo las filas desgarradas de cabeza ante él, sólo para encontrarse atrapado en un tornillo de banco cuando las alas intactas se cerraron. Los arqueros shemitas de Estrabón habían causado estragos entre sus caballeros, lanzándoles flechas que encontraban cada grieta de sus armaduras, derribando a los caballos, y los piqueros kothianos se apresuraban a alancear a los jinetes caídos. Los lanceros con malla del centro derrotado se habían vuelto a formar, reforzados por los jinetes de las alas, y habían cargado una y otra vez, barriendo el campo por el mero peso del número.

Los aquilonios no habían huido; habían muerto en el campo de batalla, y de los cinco mil caballeros que habían seguido a Conan hacia el sur, ni uno solo dejó el campo con vida. Y ahora el propio rey se encontraba en la bahía entre los cuerpos acuchillados de sus tropas, con la espalda apoyada en un montón de caballos y hombres muertos. Los caballeros de Ophirean, con su cota de malla dorada, saltaban con sus caballos por encima de los montones de cadáveres para acuchillar a la figura solitaria; los shemitas, en cucullas y con barbas negras, y los caballeros kothianos, de rostro oscuro, lo rodeaban a pie. El estruendo del acero era ensordecedor; la figura del rey occidental, vestida de negro, se alzaba entre sus enemigos, asestando golpes como un carnicero que blande una gran cuchilla. Los caballos sin jinete corrían por el campo; alrededor de sus pies cubiertos de hierro crecía un anillo de cadáveres

destrozados. Sus atacantes retrocedieron ante su desesperado salvajismo, jadeantes y lívidos.

Ahora, a través de las filas que gritaban y maldecían, cabalgaban los señores de los conquistadores: Estrabón, con su rostro ancho y oscuro y sus ojos astutos; Amalrus, delgado, fastidioso, traicionero, peligroso como una cobra; y el delgado buitre Tsotha-lanti, vestido sólo con ropas de seda, con sus grandes ojos negros brillando desde un rostro que era como el de un ave de rapiña. De este mago kothiano se contaban oscuras historias; las mujeres de cabeza despeinada de las aldeas del norte y del oeste asustaban a los niños con su nombre, y los esclavos rebeldes eran sometidos más rápido que con los latigazos, con la amenaza de ser vendidos a él. Los hombres decían que tenía toda una biblioteca de obras oscuras encuadradas en pieles desolladas de víctimas humanas vivas, y que en fosas sin nombre bajo la colina donde se asentaba su palacio, traficaba con los poderes de la oscuridad, intercambiando niñas esclavas gritonas por secretos impíos. Él era el verdadero gobernante de Koth.

Ahora sonreía sombríamente mientras los reyes se retiraban a una distancia segura de la sombría figura revestida de hierro que se cernía entre los muertos. Ante los salvajes ojos azules que resplandecían asesinos bajo el yelmo abollado y con cresta, el más audaz se encogió. El rostro de Conan, lleno de cicatrices, estaba aún más oscuro por la pasión; su armadura negra estaba hecha jirones y salpicada de sangre; su gran espada estaba roja hasta la cruceta. En esta tensión todo el barniz de la civilización se había desvanecido; era un bárbaro el que se enfrentaba a sus conquistadores. Conan era un cimmerico de nacimiento, uno de esos fieros y malhumorados montañeses que habitaban en su sombría y nublada tierra del norte. Su saga, que le había llevado al trono de Aquilonia, era la base de todo un ciclo de cuentos de héroes.

Así que ahora los reyes se mantuvieron a distancia, y Estrabón llamó a sus arqueros shemitas para que soltaran sus flechas contra su enemigo desde la distancia; sus capitanes habían caído como grano maduro ante la espada ancha del cimmerico, y Estrabón, penoso con sus caballeros como con sus monedas, echaba espuma de furia. Pero Tsotha sacudió la cabeza.

"Llévenlo vivo".

"¡Qué fácil es decirlo!", gruñó Estrabón, inquieto por si el gigante de coraza negra pudiera abrirse camino hacia ellos a través de las lanzas. "¿Quién puede atrapar vivo a un tigre devorador de hombres? ¡Por Ishtar, su talón está en el cuello de mis mejores espadachines! Se necesitaron siete años y montones de oro para entrenar a cada uno, y ahí están, como carne de milano. ¡Flechas, digo!"

"¡Otra vez, no!", espetó Tsotha, bajando de su caballo. Se rió fríamente. "¿No has aprendido a estas alturas que mi cerebro es más poderoso que cualquier espada?"

Atravesó las filas de los piqueros, y los gigantes con sus gorros de acero y sus brigadas de malla retrocedieron temerosos, por si acaso tocaban las faldas de su túnica. Tampoco los caballeros emplumados tardaron en hacerle sitio. Pasó por encima de los cadáveres y se encontró cara a cara con el sombrío rey. Los anfitriones lo observaron en tenso silencio, conteniendo la respiración. La figura de armadura negra se cernía con terrible amenaza sobre la figura delgada y vestida de seda, con la espada dentada y goteante en alto.

"Te ofrezco la vida, Conan", dijo Tsotha, con una cruel alegría burbujeando en el fondo de su voz.

"Te ofrezco la muerte, mago", gruñó el rey, y respaldado por unos músculos de hierro y un odio feroz, la gran espada osciló en un golpe destinado a partir en dos el delgado torso de Tsotha. Pero mientras las huestes gritaban, el mago se acercó, demasiado rápido para que la vista pudiera seguirlo, y aparentemente se limitó a poner una mano abierta sobre el antebrazo izquierdo de Conan, de cuyos músculos estriados se había desprendido la cota de malla. La espada silbante se desvió de su arco y el gigante de la cota de malla cayó pesadamente a tierra, para quedar inmóvil. Tsotha rió en silencio.

"Levantadlo y no temáis; los colmillos del león están desenfundados".

Los reyes se replegaron y contemplaron con asombro al león caído. Conan yacía rígido, como un hombre muerto, pero sus ojos

los miraban, muy abiertos, y ardiendo de furia impotente.

"¿Qué le habéis hecho?", preguntó Amalrus con inquietud.

Tsotha mostró un amplio anillo de curioso diseño en su dedo. Apretó los dedos y en la parte interior del anillo salió un pequeño colmillo de acero como la lengua de una serpiente.

"Está empapado en el jugo del loto púrpura que crece en los pantanos fantasmales del sur de Estigia", dijo el mago. "Su toque produce una parálisis temporal. Encadénalo y ponlo en un carro. El sol se pone y es hora de que nos pongamos en camino hacia Khorshemish".

Estrabón se dirigió a su general Arbanus.

"Volvemos a Khorshemish con los heridos. Sólo nos acompañará una tropa de la caballería real. Tus órdenes son marchar al amanecer hacia la frontera de Aquilonia, e invertir la ciudad de Shamar. Los Ofirios les proveerán de comida a lo largo de la marcha. Nos reuniremos con vosotros lo antes posible, con refuerzos".

Así que la hueste, con sus caballeros enfundados en acero, sus piqueros y arqueros y sus acampados, acamparon en las praderas cercanas al campo de batalla. Y a través de la noche estrellada los dos reyes y el hechicero que era más grande que cualquier rey cabalgaron hacia la capital de Estrabón, en medio de la reluciente tropa de palacio, y acompañados por una larga fila de carros, cargados de heridos. En uno de estos carros yacía Conan, rey de Aquilonia, cargado de cadenas, con el sabor de la derrota en la boca y la furia ciega de un tigre atrapado en su alma.

El veneno que había congelado sus poderosos miembros hasta la impotencia no había paralizado su cerebro. Mientras el carro en el que yacía retumbaba sobre las praderas, su mente giraba enloquecida sobre su derrota. Amalrus había enviado un emisario implorando ayuda contra Estrabón, quien, según decía, estaba asolando sus dominios occidentales, que se extendían como una cuña cónica entre la frontera de Aquilonia y el vasto reino meridional de Koth. Sólo pedía mil jinetes y la presencia de Conan, para animar a sus desmoralizados súbditos. Conan ahora blasfemaba mentalmente. En su generosidad había acudido con un número cinco veces superior al que le había pedido el monarca traidor. De

buena fe había cabalgado hasta Ofir, y se había enfrentado a los supuestos rivales aliados contra él. El hecho de que hubieran reunido a todo un ejército para atraparlo a él y a sus cinco mil hombres hablaba muy bien de su capacidad.

Una nube roja velaba su visión; sus venas se hinchaban de furia y en sus sienes palpitaba un pulso enloquecido. En toda su vida no había conocido una ira mayor y más impotente. En rápidas escenas, el espectáculo de su vida pasó fugazmente ante su ojo mental, un panorama en el que se movían figuras sombrías que eran él mismo, en muchas formas y condiciones: un bárbaro vestido de piel; un espadachín mercenario con casco de cuernos y coraza de escamas; un corsario en una galera con púas de dragón que arrastraba una estela carmesí de sangre y pillaje a lo largo de las costas del sur; un capitán de los ejércitos en acero bruñido, sobre un corcel negro erguido; un rey en un trono de oro con el estandarte del león fluyendo por encima, y multitudes de cortesanos de alegres colores y damas de rodillas. Pero siempre el brinco y el estruendo de la carroza hacían que sus pensamientos volvieran a girar con una monotonía enloquecedora sobre la traición de Amalrus y la brujería de Tsotha. Las venas casi le estallaban en las sienes y los gritos de los heridos en los carros le llenaban de feroz satisfacción.

Antes de la medianoche cruzaron la frontera de Ophirean y al amanecer las agujas de Khorshemish se alzaban brillantes y teñidas de rosa en el horizonte del sureste, las esbeltas torres sobrecogidas por la sombra ciudadela escarlata que a lo lejos era como una salpicadura de sangre brillante en el cielo. Era el castillo de Tsotha. Sólo una estrecha calle, pavimentada con mármol y custodiada por pesadas puertas de hierro, conducía hasta ella, donde coronaba la colina que dominaba la ciudad. Las laderas de esa colina eran demasiado escarpadas para ser escaladas en otro lugar. Desde los muros de la ciudadela se podían contemplar las amplias calles blancas de la ciudad, las mezquitas con minaretes, las tiendas, los templos, las mansiones y los mercados. También se podían contemplar los palacios del rey, situados en amplios jardines, de paredes altas, con lujosos alborotos de árboles frutales y flores, por los que murmuraban arroyos artificiales y ondulaban incesantemente fuentes plateadas. Por encima de todo, la

ciudadela, como un cóndor encorvado sobre su presa, estaba concentrada en sus oscuras meditaciones.

Las poderosas puertas entre las enormes torres de la muralla exterior se abrieron con estrépito, y el rey cabalgó hacia su capital entre líneas de relucientes lanceros, mientras cincuenta trompetas tocaban el saludo. Pero las calles empedradas de blanco no fueron recorridas por multitudes para arrojar rosas ante los pies del conquistador. Estrabón se había adelantado a las noticias de la batalla, y el pueblo, que acababa de levantarse a las ocupaciones del día, se quedó boquiabierto al ver que su rey regresaba con un pequeño séquito, y dudaba de si presagiaba la victoria o la derrota.

Conan, con la vida moviéndose lentamente en sus venas, estiró el cuello desde el suelo del carro para ver las maravillas de esta ciudad que los hombres llamaban la Reina del Sur. Había pensado atravesar algún día estas puertas doradas a la cabeza de sus escuadrones vestidos de acero, con el gran estandarte del león fluyendo sobre su cabeza con casco. En cambio, entró encadenado, despojado de su armadura y arrojado como un esclavo cautivo en el suelo de bronce del carro de su conquistador. Una risa diabólica de burla se elevó por encima de su furia, pero para los nerviosos soldados que conducían el carro su risa sonó como el murmullo de un león enardecido.

CAPÍTULO II

Cáscara reluciente de una mentira gastada; fábula de Derecho divino

Vosotros ganasteis vuestras coronas por herencia, pero la sangre fue el precio de la mía.

El trono que gané con sangre y sudor, por Crom, no lo venderé

Por la promesa de valles llenos de oro, o la amenaza de los Salones del Infierno.

-El Camino de los Reyes.

En la ciudadela, en una cámara con un techo abovedado de azabache tallado, y los arcos calados de las puertas brillando con extrañas joyas oscuras, se celebró un extraño cónclave. Conan de Aquilonia, con la sangre de las heridas no vendadas cubriendo sus enormes miembros, se enfrentó a sus captores. A ambos lados de él había una docena de gigantes negros, empuñando sus largas hachas. Frente a él se encontraba Tsotha, y en los divanes descansaban Estrabón y Amalrus en sus sedas y oro, relucientes de joyas, con los esclavos desnudos a su lado sirviendo vino en copas talladas en un solo zafiro. En fuerte contraste, estaba Conan, sombrío, manchado de sangre, desnudo salvo por un taparrabos, con grilletes en sus poderosos miembros, sus ojos azules brillando bajo la enmarañada melena negra que caía sobre su baja y amplia frente. Dominaba la escena, convirtiendo en oropel la pompa de los conquistadores por la pura vitalidad de su personalidad elemental, y los reyes en su orgullo y esplendor eran conscientes de ello cada uno en su corazón secreto, y no estaban tranquilos. Sólo Tsotha no se inquietó.

"Nuestros deseos se han expresado rápidamente, rey de Aquilonia", dijo Tsotha. "Es nuestro deseo extender nuestro imperio".

"Y así queréis ensuciar mi reino", roncó Conan.

"¿Qué eres sino un aventurero que se apodera de una corona a la que no tiene más derecho que cualquier otro bárbaro errante?", replicó Amalrus. "Estamos dispuestos a ofrecerte una compensación adecuada..."

"¡Compensación!" Fue una ráfaga de risa profunda que salió del poderoso pecho de Conan. "¡El precio de la infamia y la traición! Soy un bárbaro, ¿así que debo vender mi reino y su gente por la vida y su asqueroso oro? ¡Ja! ¿Cómo llegaste a tu corona, tú y ese cerdo de cara negra a tu lado? Tus padres lucharon y sufrieron, y te entregaron sus coronas en bandejas de oro. Lo que has heredado sin mover un dedo -excepto para envenenar a algunos hermanos- lo he conseguido yo.

"Os sentáis en el raso y engullís el vino por el que el pueblo suda, y habláis de derechos divinos de soberanía... ¡bah! Yo escalé desde el abismo de la barbarie desnuda hasta el trono y en esa escalada derramé mi sangre tan libremente como derramé la de otros. Si alguno de nosotros tiene derecho a gobernar a los hombres, por Crom, soy yo. ¿Cómo habéis demostrado ser mis superiores?

"Encontré a Aquilonia en las garras de un cerdo como tú, que trazó su genealogía durante mil años. La tierra se desgarró con las guerras de los barones, y el pueblo gritó bajo la opresión y los impuestos. Hoy ningún noble aquilón se atreve a maltratar al más humilde de mis súbditos, y los impuestos del pueblo son más livianos que en cualquier otra parte del mundo.

"¿Qué hay de ti? Tu hermano, Amalrus, posee la mitad oriental de tu reino, y te desafía. Y tú, Estrabón, tus soldados están incluso ahora asediando los castillos de una docena o más de barones rebeldes. El pueblo de tus dos reinos está aplastado en la tierra por impuestos y gravámenes tiránicos. Y tú quieres saquear el mío, ¡ja! Libera mis manos y barnizaré este suelo con tus sesos".

Tsotha sonrió sombríamente al ver la rabia de sus compañeros del rey.

"Todo esto, aunque sea cierto, no viene al caso. Nuestros planes no son de tu incumbencia. Vuestra responsabilidad termina cuando firmáis este pergamino, que es una abdicación a favor del príncipe Arpello de Pellia. Te daremos armas y caballos, y cinco mil lunas de oro, y te escoltaremos hasta la frontera oriental".

"¡Dejándome a la deriva donde estaba cuando cabalgué hacia Aquilonia para tomar servicio en sus ejércitos, excepto con la carga añadida del nombre de un traidor!" La risa de Conan fue como el profundo y corto ladrido de un lobo maderero. "Arpello, ¿eh? He tenido sospechas de ese carnicero de Pellia. ¿Ni siquiera puede robar y saquear con franqueza y honestidad, sino que debe tener una excusa, aunque sea delgada? Arpello reclama un rastro de sangre real; así que lo usas como excusa para robar, y como sátrapa para gobernar. Antes te veré en el infierno".

"¡Eres un tonto!", exclamó Amalrus. "¡Estás en nuestras manos, y podemos tomar tanto la corona como la vida a nuestro antojo!"

La respuesta de Conan no fue ni regia ni digna, sino característicamente instintiva en el hombre, cuya naturaleza bárbara nunca se había sumergido en su cultura de adopción. Escupió de lleno a los ojos de Amalrus. El rey de Ophir se levantó de un salto con un grito de furia indignada, buscando a tientas su delgada espada. Desenfundándola, se abalanzó sobre el cimmerico, pero Tsotha intervino.

"Esperad, majestad; este hombre es mi prisionero".

"¡Apártate, mago!", gritó Amalrus, enloquecido por el brillo de los ojos azules del cimmerico.

"¡Atrás, he dicho!" rugió Tsotha, despertando una ira impresionante. Su magra mano salió de su amplia manga y arrojó una lluvia de polvo sobre el rostro contorsionado del ofidio. Amalrus gritó y se tambaleó hacia atrás, agarrándose los ojos, y la espada se le cayó de la mano. Se dejó caer sin fuerzas sobre el diván, mientras los guardias kothianos lo miraban impasibles y el rey Strabonus se apresuraba a engullir otra copa de vino, sosteniéndola con manos que temblaban. Amalrus bajó las manos y sacudió la cabeza con violencia, la inteligencia volviendo a colarse lentamente en sus ojos grises.

"Me he quedado ciego", gruñó. "¿Qué me has hecho, mago?"

"Un simple gesto para convencerte de quién era el verdadero maestro", espetó Tsotha, con la máscara de su pretensión formal caída, revelando la desnuda personalidad malvada del hombre. "Strabonus ha aprendido su lección; deja que tú aprendas la tuya. No fue más que un polvo que encontré en una tumba estigia lo que arrojé a tus ojos; si vuelvo a quitarles la vista, te dejaré que andes a tientas en la oscuridad por el resto de tu vida".

Amalrus se encogió de hombros, sonrió caprichosamente y cogió una copa, disimulando su miedo y su furia. Un diplomático pulido, se apresuró a recuperar su aplomo. Tsotha se volvió hacia Conan, que había permanecido imperturbable durante el episodio. Ante el gesto del mago, los negros sujetaron a su prisionero y lo hicieron marchar detrás de Tsotha, quien los condujo fuera de la cámara a través de una puerta arqueada hacia un corredor sinuoso, cuyo suelo era de mosaicos multicolores, cuyas paredes tenían incrustaciones de tejido de oro y plata, y de cuyo techo arqueado y calado pendían incensarios de oro que llenaban el corredor de nubes perfumadas de ensueño. Giraron por un pasillo más pequeño, hecho en azabache y jade negro, lúgubre y horrible, que terminaba en una puerta de latón, sobre cuyo arco una calavera humana sonreía horriblemente. En esta puerta se encontraba una figura gorda y repelente, colgando un manojó de llaves: el eunuco jefe de Tsotha, Shukeli, del que se susurraban historias espeluznantes, un hombre en el que una bestial lujuria por la tortura sustituía a las pasiones humanas normales.

La puerta de bronce daba paso a una estrecha escalera que parecía descender hasta las mismas entrañas de la colina sobre la que se levantaba la ciudadela. Por estas escaleras bajó la banda, para detenerse al fin en una puerta de hierro, cuya fuerza parecía innecesaria. Evidentemente, no se abría al aire libre, pero estaba construida como si pudiera resistir los embates de mangoneles y carneros. Shukeli la abrió, y mientras hacía retroceder el pesado portal, Conan notó la evidente inquietud entre los gigantes negros que lo custodiaban; tampoco Shukeli parecía del todo desprovisto de nerviosismo mientras miraba la oscuridad del otro lado. Dentro de la gran puerta había una segunda barrera, compuesta por pesados barrotes de acero. Estaba sujeta por un ingenioso cerrojo

que no tenía cerradura y que sólo podía accionarse desde el exterior; este cerrojo salió disparado hacia atrás, la reja se deslizó hacia la pared. Pasaron a través de ella y entraron en un amplio corredor, cuyo suelo, paredes y techo arqueado parecían estar tallados en piedra maciza. Conan sabía que estaba muy bajo tierra, incluso debajo de la propia colina. La oscuridad presionaba las antorchas de los guardias como algo animado y sensible.

Hicieron que el rey se aferrara a un anillo en la pared de piedra. Encima de su cabeza, en un nicho de la pared, colocaron una antorcha, de modo que quedó en un tenue semicírculo de luz. Los negros estaban ansiosos por irse; murmuraban entre ellos y lanzaban miradas temerosas a la oscuridad. Tsotha les hizo un gesto para que salieran, y salieron por la puerta a trompicones, como si temieran que la oscuridad tomara forma tangible y saltara sobre sus espaldas. Tsotha se volvió hacia Conan, y el rey notó con inquietud que los ojos del mago brillaban en la penumbra, y que sus dientes se parecían mucho a los colmillos de un lobo, brillando blanquecinos en las sombras.

"Y así, adiós, bárbaro", se burló el hechicero. "Debo cabalgar hacia Shamar, y el asedio. En diez días estaré en tu palacio de Tamar, con mis guerreros. ¿Qué palabra tuya debo decir a tus mujeres, antes de desollar sus delicadas pieles para obtener pergaminos en los que relatar los triunfos de Tsotha-lanti?"

Conan contestó con una maldición cimeriana que habría hecho estallar los tímpanos de un hombre normal, y Tsotha se rió finamente y se retiró. Conan pudo ver su figura de buitre a través de los gruesos barrotes, mientras se deslizaba por la rejilla; luego sonó la pesada puerta exterior y el silencio cayó como un manto.

CAPÍTULO III

El León atravesó los Salones del Infierno;
A través de su camino cayeron sombrías sombras
de muchas formas sin nombre
Monstruos con las mandíbulas abiertas.
La oscuridad se estremeció con gritos y alaridos
Cuando el León acechó a través de los Salones del Infierno.
-Vieja balada.

El rey Conan probó el anillo en la pared y la cadena que lo ataba. Sus miembros estaban libres, pero sabía que sus grilletes superaban incluso su fuerza de hierro. Los eslabones de la cadena eran tan gruesos como su pulgar y estaban sujetos a una banda de acero alrededor de su cintura, una banda ancha como su mano y de media pulgada de espesor. El mero peso de sus grilletes habría matado de cansancio a un hombre menor. Las cerraduras que sujetaban la banda y la cadena eran enormes, que difícilmente habrían podido ser abatidas por un mazo. En cuanto a la argolla, evidentemente atravesó la pared y quedó sujeta al otro lado.

Conan maldijo y el pánico se apoderó de él mientras miraba la oscuridad que presionaba el semicírculo de luz. Todo el temor supersticioso del bárbaro dormía en su alma, sin ser tocado por la lógica civilizada. Su imaginación primitiva poblaba la oscuridad subterránea con formas espeluznantes. Además, su razón le decía que no había sido colocado allí simplemente para ser confinado. Sus captores no tenían ninguna razón para perdonarle. Le habían metido en esas fosas para una condena definitiva. Se maldijo a sí mismo por haber rechazado su oferta, incluso cuando su testaruda

hombría se rebelaba ante esa idea, y sabía que si lo sacaban y le daban otra oportunidad, su respuesta sería la misma. No vendería a sus súbditos al carnicero. Y, sin embargo, había tomado el reino sin pensar en el beneficio de nadie más que en el suyo propio. Así de sutil es el instinto de responsabilidad soberana que entra a veces incluso en un saqueador con las manos en la masa.

Conan pensó en la última y abominable amenaza de Tsotha, y gimió con una furia enfermiza, sabiendo que no era un alarde vano. Los hombres y las mujeres no eran para el mago más que el insecto que se retuerce para el científico. Las suaves manos blancas que lo habían acariciado, los labios rojos que se habían apretado contra los suyos, los delicados pechos blancos que se habían estremecido ante sus calientes y feroces besos, para ser despojados de su delicada piel, blanca como el marfil y rosada como los jóvenes pétalos, de los labios de Conan estalló un grito tan espantoso e inhumano en su loca furia que un oyente se habría quedado mirando con horror al saber que salía de una garganta humana.

El eco estremecedor le hizo sobresaltarse y le hizo recordar su propia situación al rey. Miró con temor la penumbra exterior y pensó en las espeluznantes historias que había escuchado sobre la crueldad nigromántica de Tsotha, y fue con una sensación gélida por su columna vertebral que se dio cuenta de que estos debían ser los mismos Salones del Terror nombrados en la estremecedora leyenda, los túneles y mazmorras donde Tsotha realizaba horribles experimentos con seres humanos, bestiales y, según se susurraba, demoníacos, manipulando blasfemamente los elementos básicos desnudos de la vida misma. Se rumoreaba que el poeta loco Rinaldo había visitado estas fosas, y que el mago le había mostrado los horrores, y que las monstruosidades sin nombre que insinuó en su horrible poema, La canción de la fosa, no eran meras fantasías de un cerebro desordenado. Ese cerebro se había convertido en polvo bajo el hacha de batalla de Conan la noche en que el rey luchó por su vida con los asesinos que el loco rimador había conducido al palacio traicionado, pero las estremecedoras palabras de esa espeluznante canción aún resonaban en los oídos del rey mientras permanecía allí encadenado.

Incluso con este pensamiento, el cimmerio se quedó helado por un suave crujido, que helaba la sangre en su implicación. Se tensó en una actitud de escucha, dolorosa en su intensidad. Una mano helada le acarició la columna vertebral. Era el sonido inconfundible de las escamas flexibles deslizándose suavemente sobre la piedra. Un sudor frío le recorrió la piel cuando, más allá del anillo de luz tenue, vio una forma vaga y colosal, espantosa incluso en su indistinción. Se erguía, balanceándose ligeramente, y unos ojos amarillos lo miraban con frialdad desde las sombras. Lentamente, una enorme y horrible cabeza en forma de cuña tomó forma ante sus ojos dilatados, y desde la oscuridad rezumaba, en serpentinas escamosas, el máximo horror del desarrollo reptil.

Era una serpiente que empequeñecía todas las ideas anteriores de Conan sobre las serpientes. Se extendía 80 pies desde su cola puntiaguda hasta su cabeza triangular, que era más grande que la de un caballo. En la penumbra, sus escamas brillaban fríamente, blancas como la escarcha. Seguramente este reptil había nacido y crecido en la oscuridad, y sin embargo sus ojos estaban llenos de maldad y de una visión segura. Enroscó sus titánicas espirales frente al cautivo, y la gran cabeza del cuello arqueado se balanceó a pocos centímetros de su cara. Su lengua bífida casi le rozó los labios al entrar y salir, y su fétido olor le hizo sentir náuseas. Los grandes ojos amarillos se clavaron en los suyos y Conan le devolvió la mirada de un lobo atrapado. Luchó contra el loco impulso de agarrar el gran cuello arqueado con sus manos desgarradas. Con una fuerza superior a la del hombre civilizado, había roto el cuello de una pitón en una diabólica batalla en la costa de Estigia, en sus días de corsario. Pero este reptil era venenoso; vio los grandes colmillos, de un pie de largo, curvados como cimitarras. De ellos goteaba un líquido incoloro que instintivamente supo que era la muerte. Podría aplastar aquel cráneo en forma de cuña con un desesperado puño cerrado, pero sabía que a la primera insinuación de movimiento, el monstruo golpearía como un rayo.

No fue por ningún proceso de razonamiento lógico por lo que Conan permaneció inmóvil, ya que la razón podría haberle dicho -ya que estaba condenado de todos modos- que incitara a la serpiente a golpear y acabar con ella; fue el ciego y negro instinto de

conservación el que lo mantuvo rígido como una estatua de hierro. Ahora el gran cañón se alzaba y la cabeza se alzaba por encima de la suya, mientras el monstruo investigaba la antorcha. Una gota de veneno cayó sobre su muslo desnudo, y su sensación fue como una daga al rojo vivo clavada en su carne. Chorros rojos de agonía se dispararon a través del cerebro de Conan, y sin embargo se mantuvo inamovible; ni la contracción de un músculo ni el parpadeo de una pestaña delataron el dolor de la herida que dejó una cicatriz que llevó hasta el día de su muerte.

La serpiente se balanceaba por encima de él, como si tratara de averiguar si en verdad había vida en aquella figura que permanecía tan inmóvil como la muerte. Entonces, de repente, inesperadamente, la puerta exterior, casi invisible en las sombras, sonó estridentemente. La serpiente, tan desconfiada como todas las de su especie, se giró con una rapidez increíble para su tamaño y desapareció con un largo deslizamiento por el pasillo. La puerta se abrió y permaneció abierta. La reja se retiró y una enorme figura oscura quedó enmarcada en el resplandor de las antorchas del exterior. La figura se deslizó hacia dentro, tirando de la rejilla parcialmente hacia atrás, dejando el cerrojo preparado. Cuando se acercó a la luz de la antorcha sobre la cabeza de Conan, el rey vio que se trataba de un negro gigantesco, totalmente desnudo, que llevaba en una mano una enorme espada y en la otra un manojo de llaves. El negro hablaba en un dialecto de la costa, y Conan respondió; había aprendido la jerga cuando era corsario en las costas de Kush.

"Hace tiempo que deseaba conocerte, Amra", el negro dio a Conan el nombre de Amra, el León, por el que el cimmerio había sido conocido por los kushitas en sus días de pirata. El lanoso cráneo del esclavo se abrió en una sonrisa animal, mostrando los blancos colmillos, pero sus ojos brillaban rojizos a la luz de las antorchas. "¡Me he atrevido a mucho por este encuentro! ¡Mirad! ¡Las llaves de tus cadenas! Se las robé a Shukeli. ¿Qué me darás por ellas?"

Colgó las llaves ante los ojos de Conan.

"Diez mil lunas de oro", respondió el rey rápidamente, con una nueva esperanza surgiendo ferozmente en su pecho.

"¡No es suficiente!", gritó el negro, con una feroz exultación brillando en su semblante de ébano. "No es suficiente para los riesgos que corro. Las mascotas de Tsotha podrían salir de la oscuridad y comerme, y si Shukeli descubre que robé sus llaves, me colgará por mi pozo, ¿qué me darás?"

"Quince mil lunas y un palacio en Poitain", ofreció el rey.

El negro gritó y pataleó en un frenesí de bárbara gratificación. "¡Más!", gritó. "¡Ofrezca más! ¿Qué me vas a dar?"

"¡Perro negro!" Una niebla roja de furia recorrió los ojos de Conan. "¡Si estuviera libre te daría una espalda rota! ¿Te ha enviado Shukeli aquí para burlarse de mí?"

"Shukeli no sabe nada de mi llegada, hombre blanco", respondió el negro, estirando su grueso cuello para mirar los ojos salvajes de Conan. "Te conozco de antaño, desde los días en que era jefe de un pueblo libre, antes de que los estigios me tomaran y me vendieran al norte. ¿No recuerdas el saqueo de Abombi, cuando tus lobos de mar entraron en tropel? Ante el palacio del rey Ajaga matasteis a un jefe y un jefe huyó de vosotros. Fue mi hermano quien murió; fui yo quien huyó. ¡Te exijo un precio de sangre, Amra!"

"Libérame y te pagaré tu peso en piezas de oro", gruñó Conan.

Los ojos rojos brillaron, los dientes blancos relucieron lobunamente a la luz de las antorchas. "Sí, perro blanco, eres como todos los de tu raza; pero para un negro el oro nunca puede pagar la sangre. El precio que pido es tu cabeza".

La última palabra fue un grito maníaco que hizo temblar los ecos. Conan se tensó, haciendo un esfuerzo inconsciente contra sus grilletes en su aborrecimiento de morir como una oveja; luego fue congelado por un horror mayor. Por encima del hombro del negro vio una vaga forma horrible que se balanceaba en la oscuridad.

"¡Tsotha nunca lo sabrá!", rió diabólicamente el negro, demasiado absorto en su regodeo de triunfo como para prestar atención a cualquier otra cosa, demasiado borracho de odio como para saber que la Muerte se balanceaba detrás de su hombro. "No entrará en las bóvedas hasta que los demonios hayan arrancado tus huesos de sus cadenas. Tendré tu cabeza, Amra".

Apoyó sus piernas anudadas como columnas de ébano y levantó la enorme espada con ambas manos, sus grandes músculos negros

rodando y crujiendo a la luz de las antorchas. Y en ese instante, la titánica sombra que tenía detrás se lanzó hacia abajo y hacia afuera, y la cabeza en forma de cuña golpeó con un impacto que resonó por los túneles. Ni un solo sonido salió de los gruesos labios de grasa que se abrieron de par en par en una agonía fugaz. Con el golpe, Conan vio que la vida se extinguía de los ojos negros con la rapidez de una vela apagada. El golpe derribó el gran cuerpo negro al otro lado del corredor y la gigantesca y sinuosa forma se agitó alrededor de él en espirales brillantes que lo ocultaron de la vista, y el chasquido y el astillamiento de los huesos llegaron claramente a los oídos de Conan. Entonces algo hizo que su corazón diera un salto de locura. La espada y las llaves habían volado de las manos del negro para chocar y tintinear sobre la piedra, y las llaves estaban casi a los pies del rey.

Intentó inclinarse hacia ellas, pero la cadena era demasiado corta; casi asfixiado por los locos latidos de su corazón, deslizó un pie de su sandalia, y las agarró con los dedos; levantando el pie, las agarró ferozmente, reprimiendo a duras penas el grito de feroz exultación que subió instintivamente a sus labios.

Un instante de tanteo con los enormes candados y se liberó. Recogió la espada caída y miró a su alrededor. Sólo una oscuridad vacía se encontró con sus ojos, en los que la serpiente había arrastrado un objeto destrozado y hecho jirones que sólo se parecía ligeramente a un cuerpo humano. Conan se volvió hacia la puerta abierta. Unas cuantas zancadas rápidas lo llevaron al umbral; un chillido de risa aguda atravesó las bóvedas, y la reja se disparó bajo sus propios dedos, el cerrojo se estrelló. A través de los barrotes asomó un rostro como el de una gárgola diabólicamente burlona: el eunuco Shukeli, que había seguido sus llaves robadas. Seguramente, en su regodeo, no vio la espada en la mano del prisionero. Con una terrible maldición, Conan golpeó como golpea una cobra; la gran espada siseó entre los barrotes y la risa de Shukeli se convirtió en un grito de muerte. El gordo eunuco se dobló por la mitad, como si se inclinara ante su asesino, y se desplomó como el sebo, con sus manos regordetas agarrándose en vano a sus entrañas derramadas.

Conan gruñó con salvaje satisfacción, pero seguía siendo un prisionero. Sus llaves eran inútiles contra el cerrojo que sólo podía accionarse desde el exterior. Su experimentado tacto le decía que los barrotes eran duros como una espada; un intento de abrirse camino hacia la libertad sólo astillaría su única arma. Sin embargo, encontró abolladuras en aquellos barrotes adamantinos, como las marcas de unos colmillos increíbles, y se preguntó con un escalofrío involuntario qué monstruos sin nombre habían asaltado tan terriblemente las barreras. En cualquier caso, sólo le quedaba una cosa por hacer, y era buscar otra salida. Tomando la antorcha del nicho, se dirigió hacia el corredor, espada en mano. No vio ninguna señal de la serpiente ni de su víctima, sólo una gran mancha de sangre en el suelo de piedra.

La oscuridad acechaba con pies silenciosos a su alrededor, apenas ahuyentada por el parpadeo de su antorcha. A ambos lados vio aberturas oscuras, pero se mantuvo en el corredor principal, observando cuidadosamente el suelo delante de él, para no caer en algún pozo. Y de repente oyó el sonido de una mujer que lloraba lastimosamente. Otra de las víctimas de Tsotha, pensó, maldiciendo de nuevo al mago, y apartándose, siguió el sonido por un túnel más pequeño, húmedo y mojado.

El llanto se hizo más cercano a medida que avanzaba, y alzando su antorcha distinguió una vaga forma en las sombras. Al acercarse, se detuvo horrorizado ante la masa amorfa que se extendía ante él. Sus inestables contornos sugerían en cierto modo un pulpo, pero sus malformados tentáculos eran demasiado cortos para su tamaño, y su sustancia era una materia gelatinosa y temblorosa que le provocaba náuseas. De entre esta repugnante masa gelatinosa surgió una cabeza parecida a la de una rana, y se quedó helado de horror al darse cuenta de que el sonido del llanto salía de aquellos obscenos labios de grasa. El ruido se transformó en un abominable y agudo gorjeo cuando los grandes e inestables ojos de la monstruosidad se posaron en él, y ésta enganchó su temblorosa masa hacia él. Retrocedió y huyó por el túnel, sin confiar en su espada. La criatura podía estar compuesta de materia terrestre, pero le estremecía el alma al mirarla, y dudaba del poder de las armas hechas por el hombre para dañarla. Durante un corto trecho,

la oyó agitarse y revolverse tras él, gritando con una risa horrible. La nota inconfundiblemente humana de su risa casi hizo tambalear su razón. Era exactamente la misma risa que había oído burbujear obscenamente de los gordos labios de las salaces mujeres de Shadizar, Ciudad de la Maldad, cuando las muchachas cautivas eran desnudadas en la subasta pública. ¿Con qué artes infernales había dado vida Tsotha a este ser antinatural? Conan sintió vagamente que había contemplado una blasfemia contra las leyes eternas de la naturaleza.

Corrió hacia el corredor principal, pero antes de llegar a él atravesó una especie de pequeña cámara cuadrada, donde se cruzaban dos túneles. Al llegar a esta cámara, fue consciente de la presencia de un pequeño bulto en cuclillas en el suelo delante de él; entonces, antes de que pudiera frenar su huida o desviarse, su pie chocó con algo que cedía y chillaba estridentemente, y se precipitó de cabeza, con la antorcha volando de su mano y apagándose al golpear el suelo de piedra. Medio aturdido por la caída, Conan se levantó y tanteó en la oscuridad. Su sentido de la orientación era confuso y no podía decidir en qué dirección estaba el pasillo principal. No buscó la antorcha, ya que no tenía medios para encenderla. Sus manos, a tientas, encontraron las aberturas de los túneles y eligió uno al azar. Nunca supo cuánto tiempo lo recorrió en la más absoluta oscuridad, pero de pronto su instinto bárbaro de peligro cercano lo detuvo en seco.

Tuvo la misma sensación que había tenido cuando estaba al borde de grandes precipicios en la oscuridad. Se puso a cuatro patas y avanzó con la mano extendida hasta encontrar el borde de un pozo, en el que el suelo del túnel caía abruptamente. Hasta donde podía llegar, los lados caían en picado, húmedos y viscosos al tacto. Extendió un brazo en la oscuridad y apenas pudo tocar el borde opuesto con la punta de su espada. Podía saltar a través de él, pero no tenía sentido hacerlo. Se había equivocado de túnel y el corredor principal estaba en algún lugar detrás de él.

Incluso mientras pensaba esto, sintió un tenue movimiento de aire; un viento sombrío, que salía del pozo, agitó su negra melena. A Conan se le erizó la piel. Intentó decirse a sí mismo que ese pozo estaba conectado de algún modo con el mundo exterior, pero su

instinto le decía que era algo antinatural. No estaba simplemente dentro de la colina; estaba debajo de ella, muy por debajo del nivel de las calles de la ciudad. ¿Cómo podía entonces un viento exterior encontrar su camino hacia las fosas y soplar desde abajo? Un tenue latido palpitaba en aquel viento fantasmal, como el batir de los tambores, muy, muy por debajo. Un fuerte escalofrío sacudió al rey de Aquilonia.

Se puso en pie y retrocedió, y al hacerlo algo salió flotando del pozo. Conan no sabía qué era. No podía ver nada en la oscuridad, pero sentía claramente una presencia, una inteligencia invisible e intangible que se cernía malignamente cerca de él. Volviéndose, huyó por donde había venido. A lo lejos, vio una pequeña chispa roja. Se dirigió hacia ella y, mucho antes de que creyera haberla alcanzado, se estrelló de cabeza contra una pared sólida y vio la chispa a sus pies. Era su antorcha, con la llama apagada, pero el extremo era un carbón incandescente. Con cuidado, la cogió y sopló sobre ella, avivando la llama de nuevo. Dio un suspiro cuando la pequeña llama saltó. Volvió a la cámara donde se cruzaban los túneles y recuperó el sentido de la orientación.

Localizó el túnel por el que había salido del corredor principal, e incluso cuando empezó a dirigirse hacia él, la llama de su antorcha parpadeó salvajemente como si hubiera sido soplada por labios invisibles. De nuevo sintió una presencia, y levantó la antorcha, mirando a su alrededor.

No vio nada, pero percibió, de alguna manera, una cosa invisible, sin cuerpo, que flotaba en el aire, goteando viscosamente y murmurando obscenidades que no podía oír, pero de las que era consciente de alguna manera instintiva. Golpeó con saña su espada y sintió como si estuviera cortando telarañas. Un frío horror lo sacudió entonces, y huyó por el túnel, sintiendo un asqueroso aliento ardiente en su espalda desnuda mientras corría.

Pero cuando salió al amplio corredor, ya no era consciente de ninguna presencia, visible o invisible. Bajó por él, esperando momentáneamente que unos demonios con colmillos y garras saltaran hacia él desde la oscuridad. Los túneles no eran silenciosos. De las entrañas de la tierra, en todas las direcciones, llegaban sonidos que no pertenecían a un mundo cuerdo. Se oían

risitas, chillidos de alegría endemoniada, largos aullidos estremecedores y, en una ocasión, la inconfundible risa chillona de una hiena que terminaba terriblemente en palabras humanas de blasfemia chillona. Oyó el ruido de unos pies sigilosos, y en las bocas de los túneles vislumbró formas sombrías, de contornos monstruosos y anormales.

Era como si hubiera entrado en el infierno, un infierno creado por Tsotha-lanti. Pero las sombras no entraron en el gran corredor, aunque oyó claramente la succión codiciosa de unos labios esclavizantes y sintió el resplandor ardiente de unos ojos hambrientos. Y pronto supo por qué. Un sonido de deslizamiento detrás de él lo electrizó, y saltó a la oscuridad de un túnel cercano, sacando su antorcha. Por el pasillo oyó a la gran serpiente arrastrándose, aletargada por su reciente y espantosa comida. A su lado, algo gimió de miedo y se escabulló en la oscuridad. Evidentemente, el pasillo principal era el terreno de caza de la gran serpiente y los otros monstruos le daban espacio.

Para Conan, la serpiente era el menor de los horrores; casi sintió un parentesco con ella cuando recordó el llanto, la obscenidad y el goteo de la cosa que salía del pozo. Al menos era de materia terrestre; era una muerte rastrera, pero amenazaba sólo con la extinción física, mientras que estos otros horrores amenazaban también la mente y el alma.

Después de que pasó por el corredor, lo siguió, a una distancia que esperaba fuera segura, encendiendo de nuevo su antorcha. No había ido muy lejos cuando oyó un gemido grave que parecía emanar de la negra entrada de un túnel cercano. La precaución le advirtió, pero la curiosidad le impulsó hacia el túnel, sosteniendo en alto la antorcha que ahora era poco más que un muñón. Estaba preparado para ver cualquier cosa, pero lo que vio fue lo que menos esperaba. Estaba mirando dentro de una amplia celda, y un espacio de ésta estaba enjaulado con barrotes estrechamente fijados que se extendían desde el suelo hasta el techo, firmemente clavados en la piedra. Dentro de estos barrotes yacía una figura, que, al acercarse, vio que era un hombre, o la exacta semejanza de un hombre, enroscado y atado con los zarcillos de una gruesa enredadera que parecía crecer a través de la sólida piedra del suelo. Estaba cubierta

de hojas extrañamente puntiagudas y flores carmesí, no el rojo satinado de los pétalos naturales, sino un carmesí lívido y antinatural, como una perversidad de la vida floral. Sus ramas, pegajosas y flexibles, se enroscaban en torno al cuerpo y los miembros desnudos del hombre y parecían acariciar su carne encogida con lujuriosos besos ávidos. Una gran flor se cernía exactamente sobre su boca. Un gemido bajo y bestial salía de los labios sueltos; la cabeza giraba como en una agonía insoportable, y los ojos miraban de lleno a Conan. Pero no había ninguna luz de inteligencia en ellos; estaban vacíos, vidriosos, los ojos de un idiota.

Ahora la gran flor carmesí se sumergió y apretó sus pétalos sobre los labios que se retorcían. Los miembros de la desdichada se retorcían con angustia; los zarcillos de la planta se estremecían como en éxtasis, haciendo vibrar toda su serpenteante longitud. Olas de matices cambiantes surgieron sobre ellos; su color se hizo más profundo, más venenoso.

Conan no entendía lo que veía, pero sabía que contemplaba algún tipo de horror. Hombre o demonio, el sufrimiento del cautivo conmovió el corazón caprichoso e impulsivo de Conan. Buscó la entrada y encontró una puerta enrejada en los barrotes, sujeta con una pesada cerradura, para la cual encontró una llave entre las que llevaba, y entró. Al instante, los pétalos de las lívidas flores se extendieron como la capucha de una cobra, los zarcillos se alzaron amenazadores y toda la planta se agitó y se balanceó hacia él. No se trataba de un crecimiento ciego de la vegetación natural. Conan percibió una inteligencia maligna; la planta podía verle, y sintió que su odio emanaba de ella en ondas casi tangibles. Acercándose cautelosamente, marcó el tallo de la raíz, un tallo repulsivamente flexible más grueso que su muslo, e incluso mientras los largos zarcillos se arqueaban hacia él con un traqueteo de hojas y siseos, blandió su espada y cortó el tallo de un solo golpe.

Al instante, el desdichado en sus garras fue arrojado violentamente a un lado mientras la gran enredadera se azotó y anudó como una serpiente decapitada, enrollándose en una enorme bola irregular. Los zarcillos se agitaron y retorcieron, las hojas se agitaron y traquetearon como castañuelas, y los pétalos se abrieron y cerraron convulsivamente; luego, toda la planta se enderezó sin

fuerzas, los colores vivos palidecieron y se atenuaron, y unapestoso líquido blanco rezumó del muñón cortado.

Conan se quedó mirando, embelesado; entonces un sonido le hizo volver en sí, con la espada en alto. El hombre liberado estaba de pie, observándolo. Conan se quedó boquiabierto. Los ojos del rostro desgastado ya no eran inexpresivos. Oscuros y meditabundos, estaban llenos de inteligencia, y la expresión de imbecilidad había desaparecido del rostro como una máscara. La cabeza era estrecha y bien formada, con una frente alta y espléndida. Toda la complexión del hombre era aristocrática, lo que se manifestaba tanto en su alta y esbelta estructura como en sus pies y manos pequeñas y recortadas. Sus primeras palabras fueron extrañas y sorprendentes.

"¿En qué año estamos?", preguntó, hablando en kótico.

"Hoy es el décimo día del mes Yuluk, del año de la Gacela", respondió Conan.

"¡Yagkoolan Ishtar!", murmuró el forastero. "¡Diez años!" Se pasó una mano por la frente, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejar su cerebro de telarañas. "Todo es tenue todavía. Después de un vacío de diez años, no se puede esperar que la mente comience a funcionar con claridad de inmediato. ¿Quién eres tú?"

"Conan, una vez de Cimmeria. Ahora rey de Aquilonia".

Los ojos del otro mostraron sorpresa.

"¿De verdad? ¿Y Nemedides?"

"Lo estrangulé en su trono la noche que tomé la ciudad real", respondió Conan.

Una cierta ingenuidad en la respuesta del rey crispó los labios del desconocido.

"Perdonad, majestad. Debería haberos agradecido el servicio que me habéis prestado. Soy como un hombre que se despierta repentinamente de un sueño más profundo que la muerte y al que le asaltan pesadillas de una agonía más feroz que el infierno, pero entiendo que me habéis liberado. Dime: ¿por qué cortaste el tallo de la planta Yothga en lugar de arrancarla de raíz?"

"Porque aprendí hace mucho tiempo a evitar tocar con mi carne lo que no entiendo", respondió el cimmerico.

"Bien por ti", dijo el forastero. "Si hubieras podido arrancarlo, habrías encontrado cosas aferradas a las raíces contra las que ni siquiera tu espada prevalecería. Las raíces de Yothga están puestas en el infierno".

"¿Pero quién eres tú?", preguntó Conan.

"Los hombres me llaman Pelias".

"¡Qué!", gritó el rey. "¿Pelias el hechicero, el rival de Tsotha-lanti, que desapareció de la tierra hace diez años?"

"No del todo de la tierra", respondió Pelias con una sonrisa irónica. "Tsotha prefirió mantenerme vivo, con grilletes más lúgubres que el hierro oxidado. Me encerró aquí con esta flor del diablo cuyas semillas descendieron a través del negro cosmos desde Yag el Maldito, y sólo encontraron campo fértil en la corrupción de los gusanos que hierve en los suelos del infierno.

"No podía recordar mi hechicería ni las palabras y los símbolos de mi poder, con esa cosa maldita atenazándome y bebiendo mi alma con sus repugnantes caricias. Chupaba el contenido de mi mente día y noche, dejando mi cerebro tan vacío como una jarra de vino rota. ¡Diez años! Que Ishtar nos proteja".

Conan no encontró respuesta, sino que se quedó sosteniendo el tronco de la antorcha y arrastrando su gran espada. Seguramente el hombre estaba loco, pero no había locura en los ojos oscuros que se posaban tan tranquilamente sobre él.

"Dime, ¿está el mago negro en Khorshemish? Pero no, no hace falta que respondas. Mis poderes comienzan a despertar, y percibo en tu mente una gran batalla y un rey atrapado por la traición. Y veo a Tsotha-lanti cabalgando con fuerza hacia el Tybor con Strabonus y el rey de Ophir. Tanto mejor. Mi arte es demasiado frágil por el largo sueño para enfrentar a Tsotha todavía. Necesito tiempo para reclutar mi fuerza, para reunir mis poderes. Salgamos de estas fosas".

Conan hizo sonar sus llaves con desánimo.

"La reja de la puerta exterior está asegurada por un cerrojo que sólo se puede accionar desde el exterior. ¿No hay otra salida de estos túneles?"

"Sólo una, que a ninguno de nosotros nos importaría utilizar, ya que va hacia abajo y no hacia arriba", rió Pelias. "Pero no importa. Vamos a ver la reja".

Se dirigió hacia el corredor con pasos inseguros, como de miembros sin usar desde hace mucho tiempo, que poco a poco se volvieron más seguros. Mientras lo seguía, Conan comentó con inquietud: "Hay una maldita serpiente grande que se arrastra por este túnel. Tengamos cuidado, no sea que nos metamos en su boca".

"Lo recuerdo de antaño", respondió Pelias con tristeza, "sobre todo porque me vi obligado a mirar mientras diez de mis acólitos se alimentaban de él. Es Satha, el Viejo, la más importante de las mascotas de Tsotha".

"¿Cavó Tsotha estas fosas sin otra razón que la de albergar a sus monstruosidades malditas?", preguntó Conan.

"Cuando se fundó la ciudad hace tres mil años, había ruinas de una ciudad anterior en esta colina y sus alrededores. El rey Khossus V, el fundador, construyó su palacio en la colina, y cavando sótanos bajo ella, dio con una puerta tapiada, que rompió y descubrió los pozos, que eran más o menos como los vemos ahora. Pero su gran visir tuvo un final tan espeluznante en ellos que Khossus, asustado, volvió a tapiar la entrada. Dijo que el visir se cayó a un pozo, pero hizo rellenar los sótanos, y más tarde abandonó el propio palacio y se construyó otro en los suburbios, del que huyó despavorido al descubrir una mañana un moho negro esparcido por el suelo de mármol de su palacio.

"Entonces partió con toda su corte hacia el extremo oriental del reino y construyó una nueva ciudad. El palacio de la colina no se utilizó y cayó en ruinas. Cuando Akkutho I revivió las glorias perdidas de Khorshemish, construyó allí una fortaleza. A Tsotha-lanti le quedaba remontar la ciudadela escarlata y abrir de nuevo el camino a las fosas. Sea cual sea el destino que le deparó al gran visir de Khossus, Tsotha lo evitó. No cayó en ningún pozo, aunque sí descendió a un pozo que encontró, y salió con una extraña expresión que desde entonces no ha abandonado sus ojos.

"He visto ese pozo, pero no me interesa buscar en él la sabiduría. Soy un hechicero, y más viejo de lo que los hombres cuentan, pero soy humano. En cuanto a Tsotha, los hombres dicen que una bailarina de Shadizar durmió demasiado cerca de las ruinas prehumanas de la Colina de Dagoth y despertó en las garras de un

demonio negro; de esa impía unión surgió un híbrido maldito que los hombres llaman Tsotha-lanti..."

Conan gritó con fuerza y retrocedió, empujando a su compañero hacia atrás. Ante ellos se alzó la gran forma blanca y brillante de Satha, con un odio eterno en sus ojos. Conan se preparó para un ataque berserker, para clavar el pabulo en ese rostro diabólico y lanzar su vida en un golpe de espada. Pero la serpiente no le miraba. Miraba por encima del hombro al hombre llamado Pelias, que estaba de pie con los brazos cruzados, sonriendo. Y en los grandes y fríos ojos amarillos se apagó lentamente el odio en un brillo de puro miedo, la única vez que Conan vio una expresión así en los ojos de un reptil. Con un remolino como el barrido de un viento fuerte, la gran serpiente desapareció.

"¿Qué vio para asustarlo?", preguntó Conan, mirando a su compañero con inquietud.

"La gente con escamas ve lo que escapa al ojo mortal", respondió Pelias, crípticamente. "Tú ves mi apariencia carnal; él vio mi alma desnuda".

Un hilillo de hielo perturbó la columna vertebral de Conan, y se preguntó si, después de todo, Pelias era un hombre, o simplemente otro demonio de las fosas con una máscara de humanidad. Contempló la conveniencia de atravesar con su espada la espalda de su compañero sin más dudas. Pero mientras reflexionaba, llegaron a la reja de acero, grabada en negro por las antorchas del otro lado, y al cuerpo de Shukeli, que seguía desplomado contra los barrotes en una maraña cuajada de carmesí.

Pelias se rió, y su risa no era agradable de escuchar.

"Por las caderas de marfil de Ishtar, ¿quién es nuestro portero? He aquí que es nada menos que el noble Shukeli, que colgó a mis jóvenes por los pies y los desolló entre chillidos de risa. ¿Duermes, Shukeli? ¿Por qué yaces tan rígido, con tu gordo vientre hundido como el de un cerdo vestido?"

"Está muerto", murmuró Conan, malhumorado al escuchar estas salvajes palabras.

"Vivo o muerto", rió Pelias, "nos abrirá la puerta".

Dio una fuerte palmada y gritó: "¡Levántate, Shukeli! ¡Levántate del infierno y levántate del suelo ensangrentado y abre la puerta a

tus amos! Levántate, te digo".

Un horrible gemido reverberó por las bóvedas. A Conan se le pusieron los pelos de punta y sintió que un sudor húmedo le empapaba la piel. El cuerpo de Shukeli se agitaba y se movía, con tanteos infantiles de las gordas manos. La risa de Pelias fue despiadada como un hacha de pedernal, mientras la forma del eunuco se tambaleaba, aferrándose a los barrotes de la reja. Conan, al mirarlo, sintió que su sangre se convertía en hielo, y que la médula de sus huesos se hacía agua; porque los ojos de Shukeli, muy abiertos, estaban vidriosos y vacíos, y del gran corte en su vientre sus entrañas colgaban sin fuerza hacia el suelo. Los pies del eunuco tropezaban entre sus entrañas mientras trabajaba con el cerrojo, moviéndose como un autómatas sin cerebro. Cuando se despertó por primera vez, Conan pensó que, por una increíble casualidad, el eunuco estaba vivo; pero el hombre estaba muerto, llevaba horas muerto.

Pelias atravesó la rejilla abierta y Conan se apresuró a pasar detrás de él, con el sudor brotando de su cuerpo, alejándose de la horrible forma que se desplomaba con las piernas caídas contra la rejilla que mantenía abierta. Pelias pasó sin mirar atrás, y Conan lo siguió, presa de la pesadilla y la náusea. No había dado ni media docena de pasos cuando un ruido sordo le hizo volver en sí. El cadáver de Shukeli yacía sin fuerzas al pie de la reja.

"Su tarea está cumplida, y el infierno vuelve a abrirse para él", comentó Pelias amablemente, tratando de no notar el fuerte escalofrío que sacudió la poderosa estructura de Conan.

Subió las largas escaleras y atravesó la puerta de bronce con la corona de calaveras que había en la parte superior. Conan empuñó su espada, esperando una avalancha de esclavos, pero el silencio se apoderó de la ciudadela. Atravesaron el corredor negro y llegaron a aquel en el que los incensarios se balanceaban, despidiendo su eterno incienso. Todavía no vieron a nadie.

"Los esclavos y los soldados están acuartelados en otra parte de la ciudadela", comentó Pelias. "Esta noche, al estar su amo ausente, sin duda yacen ebrios de vino o jugo de loto".

Conan miró a través de una ventana arqueada y dorada que daba a un amplio balcón, y juró con sorpresa ver el cielo azul oscuro y

moteado de estrellas. Había sido poco después del amanecer cuando lo arrojaron a las fosas. Ahora era más de medianoche. Apenas podía darse cuenta de que había estado tanto tiempo bajo tierra. De repente se dio cuenta de que tenía sed y un apetito voraz. Pelias lo condujo a una cámara con cúpula de oro, revestida de plata, cuyas paredes de lapislázuli estaban atravesadas por los arcos calados de muchas puertas.

Con un suspiro, Pelias se sentó en un diván de seda.

"Otra vez oro y sedas", suspiró. "Tsotha parece estar por encima de los placeres de la carne, pero es medio demonio. Yo soy humano, a pesar de mis artes negras. Me gusta la facilidad y la buena alegría, así es como Tsotha me atrapó. Me atrapó indefenso con la bebida. El vino es una maldición, por el pecho de marfil de Ishtar, incluso mientras hablo de él, el traidor está aquí. Amigo, por favor, sírveme una copa. Olvidé que eres un rey. Te lo serviré".

"Al diablo con eso", gruñó Conan, llenando una copa de cristal y ofreciéndosela a Pelias. Luego, levantando la jarra, bebió profundamente de la boca, haciéndose eco del suspiro de satisfacción de Pelias.

"El perro sabe de buen vino", dijo Conan, limpiándose la boca con el dorso de la mano. "Pero por Crom, Pelias, ¿vamos a quedarnos aquí sentados hasta que sus soldados se despierten y nos corten el cuello?".

"No hay que temer", respondió Pelias. "¿Quieres ver cómo se mantiene la fortuna con Strabonus?"

El fuego azul ardió en los ojos de Conan, y agarró su espada hasta que sus nudillos se mostraron azules. "¡Oh, estar a punta de espada con él!", retumbó.

Pelias levantó un gran globo brillante de una mesa de ébano.

"El cristal de Tsotha. Un juguete infantil, pero útil cuando falta tiempo para la ciencia superior. Mirad, majestad".

Lo puso sobre la mesa ante los ojos de Conan. El rey miró hacia unas profundidades nubladas que se profundizaron y expandieron. Lentamente las imágenes se cristalizaron de la niebla y las sombras. Estaba mirando un paisaje familiar. Amplias llanuras se extendían hasta un ancho y sinuoso río, más allá del cual las tierras llanas ascendían rápidamente hacia un laberinto de colinas bajas. En la

orilla norte del río se encontraba una ciudad amurallada, custodiada por un foso conectado en cada extremo con el río.

"¡Por Crom!", jaculó Conan. "¡Es Shamar! Los perros la asedian".

Los invasores habían cruzado el río; sus pabellones se alzaban en la estrecha llanura entre la ciudad y las colinas. Sus guerreros se arremolinaban en torno a las murallas, con sus cotas de malla brillando pálidamente bajo la luna. Las flechas y las piedras llovían sobre ellos desde las torres y se tambaleaban hacia atrás, pero volvían a avanzar.

Mientras Conan maldecía, la escena cambió. Altas agujas y relucientes cúpulas se alzaban en la niebla, y él miró a su propia capital de Tamar, donde todo era confusión. Vio a los caballeros de Poitain vestidos de acero, sus más firmes partidarios, saliendo por la puerta, abucheados y silbados por la multitud que pululaba por las calles. Vio saqueos y disturbios, y hombres de armas cuyos escudos llevaban la insignia de Pellia, que tripulaban las torres y se pavoneaban por los mercados. Por encima de todo, como un espejismo fantástico, vio el rostro oscuro y triunfante del príncipe Arpello de Pellia. Las imágenes se desvanecieron.

"¡Así que!", se desgañó Conan. "Mi gente se vuelve contra mí en cuanto me dan la espalda..."

"No del todo", interrumpió Pelias. "Se han enterado de que has muerto. Creen que no hay nadie que los proteja de los enemigos exteriores y de la guerra civil. Naturalmente, recurren al noble más fuerte, para evitar los horrores de la anarquía. No confían en los Poitanos, recordando las guerras anteriores. Pero Arpello está a mano, y es el príncipe más fuerte de las provincias centrales".

"Cuando vuelva a Aquilonia no será más que un cadáver sin cabeza pudriéndose en el Común de los Traidores", Conan rechinó los dientes.

"Sin embargo, antes de que puedas llegar a tu capital", recordó Pelias, "Strabonus puede estar ante ti. Al menos sus jinetes estarán asolando tu reino".

"¡Cierto!" Conan se paseó por la sala como un león enjaulado. "Ni con el caballo más rápido podría llegar a Shamar antes del mediodía. Incluso allí no podría hacer nada bueno, excepto morir con la gente, cuando la ciudad caiga -como caerá en pocos días a lo

sumo-. De Shamar a Tamar hay cinco días de viaje, aunque se maten los caballos en el camino. Antes de que pudiera llegar a mi capital y levantar un ejército, Estrabón estaría martillando las puertas; porque levantar un ejército va a ser un infierno: todos mis malditos nobles se habrán dispersado a sus propios feudos malditos al oír mi muerte. Y desde que el pueblo ha expulsado a Trocero de Poitain, no hay nadie que pueda mantener las codiciosas manos de Arpello fuera de la corona, y del tesoro de la corona. Entregará el país a Estrabón, a cambio de un trono falso, y tan pronto como Estrabón le dé la espalda, provocará una revuelta. Pero los nobles no lo apoyarán, y eso sólo le dará a Estrabón una excusa para anexar el reino abiertamente. ¡Oh, Crom, Ymir y Set! Si tuviera alas para volar como un rayo hasta Tamar".

Pelias, que estaba sentado golpeando el tablero de jade con las uñas, se detuvo repentinamente y se levantó como si tuviera un propósito definido, indicando a Conan que lo siguiera. El rey obedeció, sumido en sus malhumorados pensamientos, y Pelias lo condujo fuera de la cámara hasta un tramo de escaleras de mármol y oro que desembocaban en el pináculo de la ciudadela, el techo de la torre más alta. Era de noche, y un fuerte viento soplaba a través de los cielos llenos de estrellas, agitando la negra melena de Conan. Muy por debajo de ellos titilaban las luces de Khorshemish, aparentemente más lejanas que las estrellas que tenían encima. Pelias parecía retirado y distante aquí, uno en la fría grandeza no humana con la compañía de las estrellas.

"Hay criaturas", dijo Pelias, "no sólo de la tierra y el mar, sino también del aire y de los confines de los cielos, que habitan aparte, sin que los hombres las conozcan. Sin embargo, para aquel que posee las Palabras Maestras y los Signos y el Conocimiento que subyace a todo, no son malignos ni inaccesibles. Observa y no temas".

Levantó las manos hacia los cielos y emitió una larga y extraña llamada que parecía estremecerse sin cesar en el espacio, disminuyendo y desvaneciéndose, pero sin llegar a extinguirse, sólo retrocediendo más y más en algún cosmos que no había naufragado. En el silencio que siguió, Conan oyó un repentino batir de alas en las estrellas, y retrocedió cuando una enorme criatura

parecida a un murciélago se posó a su lado. Vio sus grandes y tranquilos ojos mirándole a la luz de las estrellas; vio los cuarenta pies de extensión de sus gigantescas alas. Y vio que no era ni murciélago ni pájaro.

"Monta y cabalga", dijo Pelias. "Al amanecer te llevará a Tamar".

"¡Por Crom!", murmuró Conan. "¿Es todo esto una pesadilla de la que pronto despertaré en mi palacio de Tamar? ¿Qué hay de ti? No te dejaría solo entre tus enemigos".

"Estate tranquilo respecto a mí", respondió Pelias. "Al amanecer el pueblo de Khorshemish sabrá que tiene un nuevo amo. No dudes de lo que los dioses te han enviado. Me reuniré contigo en la llanura junto a Shamar".

Dudando, Conan se subió a la espalda de la cresta, agarrando el cuello arqueado, todavía convencido de que estaba en las garras de una pesadilla fantástica. Con un gran impulso y un trueno de alas de titán, la criatura levantó el vuelo, y el rey se mareó al ver que las luces de la ciudad se apagaban muy por debajo de él.

CAPÍTULO IV

"La espada que mata al rey corta las cuerdas del imperio".

-Proverbio aquilano.

Las calles de Tamar estaban repletas de turbas que aullaban, agitando puños y picas oxidadas. Era la hora antes del amanecer del segundo día después de la batalla de Shamu, y los acontecimientos habían ocurrido tan rápidamente que aturdían la mente. Por medios que sólo Tsotha-lanti conocía, la noticia de la muerte del rey había llegado a Tamar media hora después de la batalla. El resultado fue el caos. Los barones habían abandonado la capital real, alejándose al galope para asegurar sus castillos contra los vecinos merodeadores. El reino bien unido que Conan había construido parecía tambalearse al borde de la disolución, y los plebeyos y los comerciantes temían la inminencia de un retorno del régimen feudal. El pueblo clamaba por un rey que lo protegiera tanto de su propia aristocracia como de los enemigos extranjeros. El conde Trocero, dejado por Conan a cargo de la ciudad, trató de tranquilizarlos, pero en su terror irracional recordaron las viejas guerras civiles, y cómo este mismo conde había asediado Tamar quince años antes. Se gritó en las calles que Trocero había traicionado al rey; que planeaba saquear la ciudad. Los mercenarios comenzaron a saquear los barrios, arrastrando a los mercaderes que gritaban y a las mujeres aterrorizadas.

Trocero se abalanzó sobre los saqueadores, ensució las calles con sus cadáveres, los hizo volver a su barrio en medio de la confusión y arrestó a sus líderes. Pero el pueblo se precipitó

enloquecido, con graznidos descerebrados, gritando que el conde había incitado la revuelta para sus propios fines.

El príncipe Arpello se presentó ante el distraído consejo y se anunció dispuesto a asumir el gobierno de la ciudad hasta que se decidiera un nuevo rey, ya que Conan no tenía hijo. Mientras ellos debatían, sus agentes robaban sutilmente entre el pueblo, que arrebatava una pizca de realeza. El consejo escuchó la tormenta fuera de las ventanas del palacio, donde la multitud rugía por Arpello el Rescatador. El consejo se rindió.

Trocero rechazó al principio la orden de entregar su bastón de mando, pero el pueblo se arremolinó a su alrededor, siseando y aullando, lanzando piedras y despojos a sus caballeros. Viendo la inutilidad de una batalla campal en las calles con los criados de Arpello, en tales condiciones, Trocero arrojó el bastón de mando a la cara de su rival, colgó a los líderes de los mercenarios en la plaza del mercado como su último acto oficial, y salió por la puerta sur a la cabeza de sus mil quinientos caballeros vestidos de acero. Las puertas se cerraron de golpe tras él y la suave máscara de Arpello se desvaneció para revelar el sombrío rostro del lobo hambriento.

Con los mercenarios despedazados o escondidos en sus cuarteles, los suyos eran los únicos soldados en Tamar. Sentado en su caballo de guerra en la gran plaza, Arpello se proclamó rey de Aquilonia, en medio del clamor de la multitud engañada.

Publio el Canciller, que se opuso a esta medida, fue arrojado a la cárcel. Los comerciantes, que habían recibido con alivio la proclamación de un rey, descubrieron ahora con consternación que el primer acto del nuevo monarca era imponerles un impuesto asombroso. Seis ricos mercaderes, enviados como delegación de protesta, fueron apresados y sus cabezas cortadas sin ceremonia. Tras esta ejecución, se produjo un silencio de conmoción y estupefacción. Los comerciantes, enfrentados a un poder que no podían controlar con dinero, cayeron sobre sus gordas barrigas y lamieron las botas de su opresor.

El pueblo llano no se inquietó por la suerte de los mercaderes, pero empezó a murmurar cuando comprobó que los fanfarrones soldados pelianos, que pretendían mantener el orden, eran tan malos como los bandidos turanios. Las quejas de extorsiones,

asesinatos y violaciones llegaron a Arpello, que se había instalado en el palacio de Publio, porque los desesperados consejeros, condenados por su orden, mantenían el palacio real contra sus soldados. Sin embargo, había tomado posesión del palacio de recreo, y las muchachas de Conan fueron arrastradas a sus aposentos. El pueblo murmuró al ver a las bellezas reales retorciéndose en las manos brutales de los criados de hierro, damiselas de ojos oscuros de Poitain, esbeltas mozas de pelo negro de Zamora, Zingara e Hyrkania, muchachas de Brythunian con las cabezas amarillas despeinadas, todas llorando de miedo y vergüenza, no acostumbradas a la brutalidad.

La noche cayó sobre una ciudad desconcertada y revuelta, y antes de la medianoche se corrió la voz misteriosamente en la calle de que los kothianos habían seguido su victoria y estaban martillando las murallas de Shamar. Alguien del misterioso servicio secreto de Tsotha había balbuceado. El miedo sacudió a la gente como un terremoto, y ni siquiera se detuvieron a preguntarse por la brujería con la que se había transmitido tan rápidamente la noticia. Asaltaron las puertas de Arpello, exigiendo que marchara hacia el sur y expulsara al enemigo por el Tybor. Podría haber señalado sutilmente que su fuerza no era suficiente, y que no podía reunir un ejército hasta que los barones reconocieran su derecho a la corona. Pero estaba borracho de poder y se rió en sus caras.

Un joven estudiante, Athemides, montó una columna en el mercado y acusó a Arpello de ser un gato de Estrabón, pintando un vívido cuadro de la existencia bajo el gobierno de Kothian, con Arpello como sátrapa. Antes de que terminara, la multitud gritaba de miedo y aullaba de rabia. Arpello envió a sus soldados a arrestar al joven, pero el pueblo lo atrapó y huyó con él, inundando a los criados que lo perseguían con piedras y gatos muertos. Una andanada de disparos de ballesta desbarató a la muchedumbre, y una carga de jinetes llenó el mercado de cadáveres, pero Athemides salió a escondidas de la ciudad para suplicar a Trocero que retomara Tamar y marchara en ayuda de Shamar.

Athemides encontró a Trocero levantando su campamento fuera de las murallas, listo para marchar a Poitain, en el extremo suroeste del reino. A las urgentes súplicas del joven respondió que no tenía la

fuerza necesaria para asaltar Tamar, ni siquiera con la ayuda de la turba de dentro, ni para enfrentarse a Estrabón. Además, los avaros nobles saquearían Poitain a sus espaldas, mientras él luchaba contra los kothianos. Muerto el rey, cada uno debía proteger a los suyos. Cabalgaba hacia Poitain, para defenderla lo mejor posible contra Arpello y sus aliados extranjeros.

Mientras Athemides suplicaba a Trocero, la turba seguía delirando en la ciudad con una furia impotente. Bajo la gran torre junto al palacio real, el pueblo se arremolinaba y se arremolinaba, gritando su odio a Arpello, que estaba de pie en las torretas y se reía de ellos mientras sus arqueros recorrían los parapetos, con las saetas desenfundadas y los dedos en los gatillos de sus arbales.

El príncipe de Pellia era un hombre de mediana estatura, con un rostro oscuro y severo. Era un intrigante, pero también un luchador. Bajo su jupón de seda, con sus faldones trenzados de oro y sus mangas dentadas, brillaba el acero bruñido. Su larga cabellera negra estaba rizada y perfumada, y atada hacia atrás con una banda de tela de plata, pero de su cadera colgaba una espada ancha cuya empuñadura enjovada había sido usada en batallas y campañas.

"¡Tontos! ¡Aullad como queráis! ¡Conan ha muerto y Arpello es el rey!"

¿Y si toda Aquilonia se aliara contra él? Tenía hombres suficientes para mantener las poderosas murallas hasta que subiera Estrabón. Pero Aquilonia estaba dividida contra sí misma. Los barones ya se estaban preparando para apoderarse del tesoro de su vecino. Arpello sólo tenía que lidiar con la multitud indefensa. Estrabón atravesaría las líneas sueltas de los barones beligerantes como una galera a través de la espuma, y hasta su llegada, Arpello sólo tenía que mantener la capital real.

"¡Idiotas! ¡Arpello es el rey!"

El sol estaba saliendo sobre las torres del este. Del amanecer carmesí surgió una mancha voladora que se convirtió en un murciélago y luego en un águila. Entonces todos los que lo vieron gritaron de asombro, pues sobre las murallas de Tamar se abalanzó una forma que los hombres sólo conocían en leyendas medio olvidadas, y de entre sus alas de titán surgió una forma humana

mientras rugía sobre la gran torre. Luego, con un ensordecedor trueno de alas, desapareció, y la gente parpadeó, preguntándose si había soñado. Pero en la torreta se alzaba una salvaje figura bárbara, medio desnuda, manchada de sangre, blandiendo una gran espada. Y de la multitud surgió un rugido que hizo temblar las torres: "¡El rey! Es el rey!"

Arpello se quedó paralizado; luego, con un grito, desenfundó y saltó hacia Conan. Con un rugido de león, el cimmerio rechazó el silbido de la espada y, dejando caer la suya, agarró al príncipe y lo levantó por encima de su cabeza por la entrepierna y el cuello.

"¡Llévate tus tramas al infierno!", rugió, y como un saco de sal, lanzó al príncipe de Pellia muy lejos, para que cayera por el espacio vacío durante ciento cincuenta metros. La gente retrocedió cuando el cuerpo se precipitó hacia abajo, para estrellarse contra el pavimento de mármol, salpicando sangre y sesos, y quedar aplastado en su armadura astillada, como un escarabajo destrozado.

Los arqueros de la torre retrocedieron, con los nervios destrozados. Huyeron, y los asediados concejales salieron del palacio y los acribillaron con alegre abandono. Los caballeros y los hombres de armas de Pellian buscaron seguridad en las calles, y la multitud los hizo pedazos. En las calles, los combates se sucedían, los cascos emplumados y las gorras de acero se agitaban entre las cabezas despeinadas y luego se desvanecían; las espadas se cortaban locamente en un bosque de picas agitadas, y por encima de todo se elevaba el rugido de la multitud, los gritos de aclamación se mezclaban con los gritos de sed de sangre y los aullidos de agonía. Y, por encima de todo, la figura desnuda del rey se mecía y balanceaba en las vertiginosas almenas, con los poderosos brazos en alto, rugiendo con una risa gargantuesca que se burlaba de todas las turbas y príncipes, incluso de él mismo.

CAPÍTULO V

Un arco largo y un arco fuerte, ¡y que el cielo se oscurezca!

La cuerda al culatín, la vara a la oreja, ¡y el rey de Koth como marca!

-Canción de los Arqueros Bossonianos.

El sol de media tarde brillaba en las plácidas aguas del Tybor, bañando los bastiones del sur de Shamar. Los ojerosos defensores sabían que pocos de ellos volverían a ver salir el sol. Los pabellones de los sitiadores salpicaban la llanura. Los habitantes de Shamar no habían podido disputar con éxito el cruce del río, superados en número. Las barcazas, encadenadas entre sí, formaban un puente sobre el que el invasor vertía sus hordas. Estrabón no se había atrevido a marchar hacia Aquilonia con Shamar, no sometido, a su espalda. Había enviado a sus jinetes ligeros, sus spahis, hacia el interior para asolar el país, y había levantado sus máquinas de asedio en la llanura. Había anclado una flotilla de barcos, proporcionada por Amalrus, en medio de la corriente, contra el muro del río. Algunas de estas embarcaciones habían sido hundidas por las piedras de las balistas de la ciudad, que se estrellaron contra sus cubiertas y arrancaron sus tableros, pero el resto se mantuvo en su sitio y desde sus proas y sus cabezas de mástil, protegidas por mandos, los arqueros atacaban las torretas del río. Eran shemitas, nacidos con arcos en las manos, que no podían ser igualados por los arqueros aquilonios.

En el lado de tierra, los mangoneles hacían llover rocas y troncos de árboles entre los defensores, destrozando los tejados y aplastando a los humanos como escarabajos; los arietes golpeaban

incesantemente las piedras; los zapadores cavaban como topos en la tierra, hundiendo sus minas bajo las torres. El foso había sido represado en su extremo superior, y vaciado de su agua, se había llenado de rocas, tierra y caballos y hombres muertos. Bajo las murallas pululaban las figuras acorazadas, golpeando las puertas, levantando escalas, empujando las torres de asalto, repletas de lanceros, contra las torretas.

La esperanza había sido abandonada en la ciudad, donde apenas mil quinientos hombres resistían a cuarenta mil guerreros. No había llegado ninguna noticia del reino cuyo puesto de avanzada era la ciudad. Conan estaba muerto, gritaban exultantes los invasores. Sólo las fuertes murallas y el valor desesperado de los defensores los habían mantenido a raya tanto tiempo, y eso no podía bastar para siempre. La muralla occidental era un amasijo de escombros en el que los defensores tropezaban en el cuerpo a cuerpo con los invasores. Las otras murallas se estaban doblando a causa de las minas que había bajo ellas, y las torres se inclinaban borrachas.

Ahora los atacantes se estaban concentrando para una tormenta. Los olifantes sonaron, las filas de los acorazados se alinearon en la llanura. Las torres de asalto, cubiertas de pieles de toro, avanzaron con estruendo. Los habitantes de Shamar vieron los estandartes de Koth y Ophir, ondeando uno al lado del otro, en el centro, y distinguieron, entre sus relucientes caballeros, la esbelta y letal figura de Amalrus, con cotas de oro, y la forma achaparrada y con armadura negra de Strabonus. Y entre ellos había una forma que hizo que los más valientes se estremecieran de horror: una delgada figura de buitre con una túnica de película. Los piqueros avanzaban, fluyendo por el suelo como las olas relucientes de un río de acero fundido; los caballeros avanzaban al galope, con las lanzas alzadas y las guarniciones en alto. Los guerreros de las murallas dieron un largo suspiro, encomendaron sus almas a Mitra y empuñaron sus armas melladas y manchadas de rojo.

Entonces, sin previo aviso, un toque de corneta cortó el estruendo. Un tambor de cascots se elevó por encima del estruendo de la hueste que se acercaba. Al norte de la llanura por la que se movía el ejército, se alzaban cordones de colinas bajas, que ascendían hacia el norte y el oeste como gigantescos escalones. De

estas colinas bajaban, como espumas sopladas antes de una tormenta, los spahis que habían estado asolando el campo, cabalgando a baja altura y espoleando con fuerza, y detrás de ellos el sol brillaba sobre las filas de acero en movimiento. Salieron de los desfiladeros a la vista de los jinetes acribillados, con el gran estandarte del león de Aquilonia flotando sobre ellos.

Desde los electrificados vigilantes de las torres, un gran grito rasgó el cielo. En éxtasis, los guerreros chocaron sus espadas melladas contra sus escudos rasgados, y la gente de la ciudad, mendigos harapientos y ricos mercaderes, ramera con faldas rojas y damas vestidas de seda y satén, cayeron de rodillas y gritaron de alegría a Mitra, con lágrimas de gratitud cayendo por sus rostros.

Estrabón, gritando frenéticamente órdenes, con Arbano, que giraba alrededor de las pesadas líneas para hacer frente a esta inesperada amenaza, gruñó: "Todavía les superamos en número, a menos que tengan reservas escondidas en las colinas. Los hombres de las torres de combate pueden ocultar cualquier salida de la ciudad. Estos son poitanos, podríamos haber adivinado que Trocero intentaría una galantería tan loca".

Amalrus gritó con incredulidad.

"Veo a Trocero y a su capitán Próspero, pero ¿quién cabalga entre ellos?"

"¡Ishtar nos preserve!" gritó Strabonus, palideciendo. "¡Es el rey Conan!"

"¡Estás loco!", chilló Tsotha, arrancando convulsivamente. "¡Conan lleva días en el vientre de Satha!" Se detuvo en seco, mirando salvajemente a la hueste que caía, fila por fila, en la llanura. No podía confundir la gigantesca figura de la armadura negra y dorada sobre el gran semental negro, que cabalgaba bajo los ondulantes pliegues de seda del gran estandarte. Un grito de furia felina brotó de los labios de Tsotha, manchando su barba de espuma. Por primera vez en su vida, Strabonus vio al mago completamente alterado, y se encogió de hombros.

"¡Aquí hay brujería!", gritó Tsotha, arañando con locura su barba. "¿Cómo ha podido escapar y llegar a su reino a tiempo para volver con un ejército tan rápidamente? Esto es obra de Pelias, ¡maldito

sea! ¡Siento su mano en esto! Que me maldigan por no haberlo matado cuando tuve el poder".

Los reyes se quedaron boquiabiertos ante la mención de un hombre al que creían muerto desde hacía diez años, y el pánico, que emanaba de los líderes, sacudió a la hueste. Todos reconocieron al jinete del semental negro. Tsotha sintió el temor supersticioso de sus hombres, y la furia hizo de su rostro una máscara infernal.

"¡Ataquen!", gritó, blandiendo sus magros brazos con locura. "¡Seguimos siendo los más fuertes! ¡Cargad y aplastad a estos perros! ¡Esta noche nos daremos un festín en las ruinas de Shamar! Oh, Set", levantó las manos e invocó al dios-serpiente para horror de Estrabón, "¡concédenos la victoria y juro que te ofreceré quinientas vírgenes de Shamar, retorciéndose en su sangre!"

Mientras tanto, la hueste contraria se había retirado a la llanura. Con los caballeros llegó lo que parecía ser un segundo ejército irregular montado en resistentes y veloces ponis. Estos desmontaron y formaron sus filas a pie: sólidos arqueros bossonianos y agudos piqueros de Gunderland, con sus mechones leonados asomando por debajo de sus gorras de acero.

Era un ejército variopinto el que Conan había reunido, en las salvajes horas que siguieron a su regreso a la capital. Había alejado a la turba espumosa de los soldados pelleanos que sostenían los muros exteriores de Tamar, y los había puesto a su servicio. Había enviado a un veloz jinete tras Trocero para traerlo de vuelta. Con ellos como núcleo de un ejército, había corrido hacia el sur, barriendo el campo en busca de reclutas y monturas. Los nobles de Tamar y de los campos circundantes habían aumentado sus fuerzas, y había reclutado gente de todas las aldeas y castillos a lo largo de su camino. Sin embargo, no era más que una fuerza insignificante la que había reunido para enfrentarse a las huestes invasoras, aunque de la calidad del acero templado.

Le seguían mil novecientos jinetes acorazados, el grueso de los cuales estaba formado por los caballeros poitanos. Los restos de los mercenarios y los soldados profesionales de los trenes de los nobles leales formaban su infantería: cinco mil arqueros y cuatro mil piqueros. Esta hueste avanzaba ahora en buen orden: primero los

arqueros, luego los piqueros, detrás de ellos los caballeros, moviéndose a pie.

Frente a ellos, Arbanó ordenó sus líneas y el ejército aliado avanzó como un brillante océano de acero. Los observadores en las murallas de la ciudad se estremecieron al ver aquella vasta hueste, que eclipsaba los poderes de los salvadores. Primero marcharon los arqueros shemitas, luego los lanceros kothianos y después los caballeros de la cota de malla de Estrabón y Amalrus. La intención de Arbanus era obvia: emplear a sus hombres de a pie para barrer la infantería de Conan y abrir el camino para una carga abrumadora de su caballería pesada.

Los shemitas abrieron fuego a quinientos metros, y las flechas volaron como el granizo entre las huestes, oscureciendo el sol. Los arqueros occidentales, entrenados por mil años de guerra despiadada con los salvajes pictos, se acercaron con firmeza, cerrando sus filas a medida que sus compañeros caían. Les superaban ampliamente en número, y el arco shemita tenía mayor alcance, pero en cuanto a la precisión los bossonianos eran iguales a sus enemigos, y compensaban la mera habilidad en el tiro con arco con la superioridad en la moral y en la excelencia de la armadura. A buena distancia soltaron, y los shemitas cayeron en filas enteras. Los guerreros de barba azul, con sus camisas de malla ligera, no pudieron soportar el castigo como lo hicieron los bossonianos, de armadura más pesada. Se rompieron, arrojando sus arcos, y su huida desordenó las filas de los lanceros kothianos tras ellos.

Sin el apoyo de los arqueros, estos hombres de armas cayeron por centenares ante las flechas de los bossonianos, y cargando enloquecidamente hacia el cuerpo a cuerpo, fueron recibidos por las lanzas de los piqueros. Ninguna infantería era rival para los salvajes gundermen, cuya tierra natal, la provincia más septentrional de Aquilonia, estaba a un día de cabalgata a través de las marchas de Bossonia desde las fronteras de Cimmeria, y que, nacidos y criados para la batalla, eran la sangre más pura de todos los pueblos hibernios. Los lanceros kothianos, aturdidos por sus pérdidas de flechas, fueron despedazados y retrocedieron en desorden.

Estrabón rugió de furia al ver que su infantería era rechazada y pidió a gritos una carga general. Arbanus se opuso, señalando que los bossonianos se estaban formando de nuevo en buen orden ante los caballeros aquilonios, que habían sentado sus corceles inmóviles durante el combate. El general aconsejó una retirada temporal, para sacar a los caballeros occidentales de la cobertura de los arcos, pero Estrabón estaba loco de rabia. Miró las largas y relucientes filas de sus caballeros, miró al puñado de figuras con mallas que tenía enfrente y ordenó a Arbanus que diera la orden de cargar.

El general encomendó su alma a Ishtar e hizo sonar el olifante de oro. Con un rugido atronador, el bosque de lanzas se sumergió y la gran hueste rodó por la llanura, ganando impulso a medida que avanzaba. Toda la llanura se estremeció con la estruendosa avalancha de cascos, y el brillo del oro y el acero deslumbró a los observadores de las torres de Shamar.

Los escuadrones se unieron a las filas sueltas de los lanceros, derribando a amigos y enemigos por igual, y se precipitaron hacia los dientes de una ráfaga de flechas de los bossonianos. Atravesaron la llanura atronando, cabalgando sombríamente la tormenta que dispersaba su camino con caballeros relucientes como hojas de otoño. Otros cien pasos más y cabalgarían entre los bossonianos y los cortarían como si fueran maíz; pero la carne y la sangre no podían soportar la lluvia de muerte que ahora rasgaba y aullaba entre ellos. Hombro con hombro, con los pies bien sujetos, los arqueros se pusieron de pie, acercando la vara a la oreja y soltando como un solo hombre, con gritos profundos y cortos.

Toda la primera fila de caballeros se desvaneció, y sobre los cadáveres acolchados de caballos y jinetes, sus compañeros tropezaron y cayeron de cabeza. Arbanus cayó, con una flecha clavada en la garganta, con el cráneo aplastado por los cascos de su caballo de guerra moribundo, y la confusión recorrió la desordenada hueste. Estrabón gritaba una orden, Amalrus otra, y por todos corría el temor supersticioso que la visión de Conan había despertado.

Y mientras las relucientes filas se arremolinaban en la confusión, las trompetas de Conan sonaron, y a través de las filas abiertas de

los arqueros se estrelló la terrible carga de los caballeros aquilonios.

Las huestes se encontraron con una sacudida como la de un terremoto, que hizo temblar las tambaleantes torres de Shamar. Los desorganizados escuadrones de los invasores no pudieron resistir la sólida cuña de acero, erizada de lanzas, que se precipitó como un rayo contra ellos. Las largas lanzas de los atacantes desgarraron sus filas, y en el corazón de su hueste cabalgaron los caballeros de Poitain, blandiendo sus terribles espadas de dos manos.

El choque y el estruendo del acero fue como el de un millón de trineos sobre otros tantos yunques. Los observadores de las murallas estaban aturdidos y ensordecidos por el trueno mientras se aferraban a las almenas y observaban el torbellino de acero que se arremolinaba, donde las plumas se agitaban en lo alto entre los destellos de las espadas, y los estandartes se hundían y se tambaleaban.

Amalrus cayó, muriendo bajo los cascos pisoteados, con el hueso del hombro partido en dos por la espada de dos manos de Próspero. El número de invasores había engullido a los mil novecientos caballeros de Conan, pero alrededor de esta cuña compacta, que se adentraba cada vez más en la formación más suelta de sus enemigos, los caballeros de Koth y Ophir se arremolinaban y golpeaban en vano. No pudieron romper la cuña.

Los arqueros y los piqueros, tras deshacerse de la infantería kothiana que estaba esparcida en fuga por la llanura, se acercaron a los bordes de la lucha, soltando sus flechas a bocajarro, corriendo para acuchillar las cinchas y los vientres de los caballos con sus cuchillos, empujando hacia arriba para escupir a los jinetes en sus largas picas.

En la punta de la cuña de acero, Conan rugió su grito de guerra pagano y blandió su gran espada en arcos resplandecientes que no hacían nada con la burgoneta de acero ni con la cota de malla. Atravesó un estruendoso grupo de enemigos, y los caballeros de Koth se acercaron a él, separándolo de sus guerreros. Como un rayo, Conan golpeó, atravesando las filas por su fuerza y velocidad, hasta que llegó a Estrabón, lívido entre sus tropas de palacio. Ahora la batalla pendía de un hilo, pues con su superioridad numérica,

Estrabón aún tenía la oportunidad de arrancar la victoria de las rodillas de los dioses.

Pero gritó cuando vio que su archienemigo estaba por fin a su alcance, y lanzó su hacha salvajemente. El hacha chocó contra el casco de Conan, provocando fuego, y el cimmerio se tambaleó y devolvió el golpe. La hoja de metro y medio aplastó el casco y el cráneo de Estrabón, y el corcel del rey se levantó gritando, arrojando de la silla un cadáver inerte y desparramado. La hueste lanzó un gran grito, que vaciló y retrocedió. Trocero y sus tropas de la casa, hurgando desesperadamente, se abrieron paso hasta el lado de Conan, y el gran estandarte de Koth cayó. Entonces, detrás de los aturcidos y golpeados invasores se elevó un poderoso clamor y el fuego de una enorme conflagración. Los defensores de Shamar habían hecho una salida desesperada, habían reducido a los hombres que enmascaraban las puertas y estaban arrasando las tiendas de los sitiadores, reduciendo a los seguidores del campamento, quemando los pabellones y destruyendo las máquinas de asedio. Fue la gota que colmó el vaso. El reluciente ejército se desvaneció en la huida, y los furiosos conquistadores los redujeron mientras corrían.

Los fugitivos corrieron hacia el río, pero los hombres de la flotilla, acosados por las piedras y las flechas de los ciudadanos reanimados, se soltaron y tiraron hacia la orilla sur, dejando a sus compañeros a su suerte. Muchos de ellos llegaron a la orilla, corriendo a través de las barcazas que servían de puente, hasta que los hombres de Shamar las cortaron a la deriva y las separaron de la orilla. Entonces la lucha se convirtió en una matanza. Los invasores perecieron por millares al ser arrojados al río para ahogarse con sus armaduras, o al ser acuchillados en la orilla. No habían prometido cuartel; no obtuvieron cuartel.

Desde el pie de las colinas bajas hasta las orillas del Tybor, la llanura estaba llena de cadáveres, y el río, cuya marea era roja, flotaba lleno de muertos. De los mil novecientos caballeros que habían cabalgado hacia el sur con Conan, apenas quinientos vivían para presumir de sus cicatrices, y la matanza entre los arqueros y los piqueros era espantosa. Pero la gran y brillante hueste de

Estrabón y Amalrus fue cortada a hachazos, y los que huyeron fueron menos que los que murieron.

Mientras la matanza continuaba a lo largo del río, el acto final de un sombrío drama se estaba representando en la pradera más allá. Entre los que habían cruzado el puente de la barcaza antes de que fuera destruido se encontraba Tsotha, que cabalgaba como el viento sobre un corcel de aspecto extraño y enjuto, cuyo paso no podía ser igualado por ningún caballo natural. Despiadadamente, derribando a amigos y enemigos, llegó a la orilla sur, y entonces una mirada hacia atrás le mostró una sombría figura sobre un gran semental negro que le perseguía. Las amarras ya se habían cortado, y las barcazas se estaban separando, pero Conan siguió adelante temerariamente, saltando con su corcel de bote en bote como un hombre podría saltar de una torta de hielo flotante a otra. Tsotha gritó una maldición, pero el gran corcel dio el último salto con un gemido de esfuerzo y alcanzó la orilla sur. Entonces el mago huyó hacia la pradera vacía, y tras su rastro venía el rey, cabalgando con fuerza, blandiendo la gran espada que salpicaba su rastro con gotas carmesí.

Siguieron huyendo, el cazado y el cazador, y el semental negro no pudo ganar ni un metro, aunque se esforzó en cada nervio. A través de una tierra de sombras oscuras e ilusorias del atardecer, huyeron hasta que la vista y el sonido de la matanza se apagaron detrás de ellos. Entonces apareció en el cielo un punto, que se convirtió en un águila enorme a medida que se acercaba. Bajando en picado desde el cielo, se abalanzó sobre la cabeza del corcel de Tsotha, que gritó y se encabritó, lanzando a su jinete.

El viejo Tsotha se levantó y se enfrentó a su perseguidor, sus ojos eran los de una serpiente enloquecida, su rostro una máscara inhumana. En cada mano sostenía algo que brillaba, y Conan sabía que allí tenía la muerte.

El rey desmontó y se acercó a su enemigo, con el tintineo de su armadura y su gran espada en alto.

"¡Otra vez nos encontramos, mago!", sonrió salvajemente.

"No te acerques", gritó Tsotha como un chacal enloquecido por la sangre. "¡Te arrancaré la carne de los huesos! No podrás conquistarme; si me cortas en pedazos, los trozos de carne y hueso

se reunirán y te perseguirán hasta tu perdición. Veo la mano de Pelias en esto, ¡pero os desafío a ambos! Soy Tsotha, hijo de..."

Conan se precipitó, con la espada reluciente y los ojos rasgados por la cautela. La mano derecha de Tsotha se acercó y retrocedió, y el rey se agachó rápidamente. Algo pasó junto a su cabeza con casco y explotó detrás de él, abrasando las arenas con un destello de fuego infernal. Antes de que Tsotha pudiera arrojar el globo en su mano izquierda, la espada de Conan atravesó su magro cuello. La cabeza del mago salió disparada de sus hombros en un arco de sangre, y la figura de la túnica se tambaleó y se desplomó ebria. Sin embargo, los ojos negros y enloquecidos miraron a Conan sin atenuar su luz feroz, los labios se retorcieron terriblemente y las manos tantearon, como si buscaran la cabeza cortada. Entonces, con un rápido movimiento de alas, algo se abalanzó desde el cielo: el águila que había atacado al caballo de Tsotha. En sus poderosas garras recogió la cabeza chorreante y se elevó hacia el cielo, y Conan se quedó mudo, pues de la garganta del águila brotó una risa humana, con la voz del hechicero Pelias.

Entonces ocurrió algo espantoso, pues el cuerpo sin cabeza se levantó de la arena y se alejó tambaleándose en un vuelo espantoso sobre patas rígidas, con las manos ciegamente extendidas hacia el punto que se aceleraba y disminuía en el cielo oscuro. Conan se quedó de pie, como si estuviera convertido en piedra, observando hasta que la veloz figura tambaleante se desvaneció en el crepúsculo que purificaba los prados.

"¡Crom!", sus poderosos hombros se crisparon. "¡Una murra en estas peleas de magos! Pelias me ha tratado bien, pero no me importa no verlo más. Dame una espada limpia y un enemigo limpio para encarnarla. ¡Maldición! ¡Qué no daría yo por una jarra de vino!"

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**